

RESEÑA

MICHEL FOUCAULT: LA SOCIEDAD PUNITIVA

El tercer curso que dictó Michel Foucault en el Colegio de Francia (1972-1973) se intitula: *La société punitive*, y se ha publicado por Gallimard y Editions Minuit en diciembre de 2013. A continuación unas notas sobre el mismo. El curso comienza con una referencia a Claude Lévi Strauss, tomada de su libro *Tristes tropiques*. Afirma el antropólogo que la sociedad para deshacerse de un individuo peligroso solo tiene dos recursos, neutralizarlo asimilándolo o la exclusión. Foucault califica a esta una hipótesis lúdica. Y no la acepta sin más, pues exclusión implica pensar el poder solo en términos negativos. Asimilación es una metáfora digestiva al estilo de la antropofagia. Más bien habría que hablar de una red de relaciones de poder. Foucault enumera varios tipos de castigo de que se vale la sociedad: imponer una multa, excluir, marcar y encerrar. Excluir es poner a alguien fuera de la comunidad; dejar fuera las reglas de la hospitalidad. Imponer una multa es una especie de reparación. Marcar es poner un signo en el cuerpo. Imponer al cuerpo una virtual disminución. Con la marca se hace visible tanto la falta del delincuente como el poder del soberano. Encerrar es nuestra práctica habitual desde el siglo XVIII. La muerte figura como una forma extrema de penalidad.

Foucault se hace esta pregunta: qué rol juegan las tácticas penales dentro de las relaciones de poder. Bajo qué reglas funcionan. De lo que

se trata es de analizar la penalidad en términos de relaciones de poder, y no solo de ideologías. Analizar las luchas que se dan en la sociedad alrededor del poder. Para esto es necesario el concepto de guerra civil. La guerra civil no ha sido pensada entre los axiomas del poder, ni en Hobbes ni en Rousseau. Según estos teóricos, después del contrato la guerra civil no puede ser sino una monstruosa prolongación de la guerra en el estado de naturaleza. Después del contrato lo que debería haber es la paz. La guerra civil es pensada como una anomalía; aquello que es necesario evitar. Foucault parte, en cambio, de la idea según la cual la guerra civil es la matriz de toda lucha de poder y de las estrategias particulares como el encierro. «La sociedad del siglo XIX entra en una guerra civil permanente». (Foucault, 2013: 15)

La sociedad moderna es lo inverso del espectáculo a la manera antigua; pues convierte el espectáculo en vigilancia. La arquitectura penal es un espectáculo de vigilancia. Los seres humanos son expuestos al espectáculo a unos pocos que vigilan. El espectáculo convertido en vigilancia, a la manera de un ojo universal. El poder acrecentado del Estado que inventa una arquitectura destinada a vigilar a la multitud de seres humanos. En el código de una instrucción criminal se dice que ninguna parte del imperio debe estar libre de vigilancia. El ojo del procurador debe ser el ojo del gobierno.

Para Hobbes el estado de guerra civil solo se da en unos restos salvajes como en América. La guerra civil es un resurgimiento de la guerra de todos contra todos. Es solo con la aparición del soberano que cesa la guerra del estado de naturaleza. La guerra civil será un estado de disolución del soberano. Para Foucault son grupos sociales contra grupos quienes son los actores de la guerra civil. «La guerra civil sería un proceso a través del cual se constituye un cierto número de nuevas colectividades». (30) Se trata, pues, de la aparición de nuevos personajes colectivos. Nuevos actores entran en el juego de relaciones de poder. Cabe la pregunta acerca de cómo una sociedad llega a un estado de descomposición tal que un gran número de individuos se convierten en sus enemigos. Individuos o grupos incapaces de adaptación social.

Para Cesare Beccaria un delito es una injuria a toda la sociedad. En la segunda mitad del siglo XVIII aparece un análisis de la delincuencia análogo al análisis económico de los fisiócratas. Pues este análisis de la delincuencia se hace en relación con la producción. Los fisiócratas analizan la delincuencia en términos de producción y a la vez como enemistad contra la sociedad. «Es la producción misma del delincuente por relación a la producción que se la define enemigo público». (47) La vagancia también se la considera como enemistad social. El vagabundo decide voluntariamente rechazar el trabajo. «Se niega a trabajar». (49) El crimen de la vagancia es para los fisiócratas el negarse a trabajar. El vagabundo establece una relación salvaje de poder, se pone fuera de la ley y de la sociedad civil. Los vagabundos son como tropas enemigas diseminadas por el territorio. Cabe preguntar ¿Porqué la sociedad civil se halla desarmada delante de esta población enemiga? (50)

Guillaume Le Trosne propone una sociedad utópica: todo el mundo debe trabajar. Critica los restos del feudalismo y obliga a que todo el mundo forme parte del Estado. «Hay dos modos de oponerse a la sociedad: ejercer un cierto poder que sea un obstáculo a la producción o negarse a producir». (53) Para Le Trosne tanto la vagancia como los restos feudales constituyen formas de antiproducción y, por tanto, son enemigos de la sociedad. La producción se hace posible desde el momento en que se concibe la sociedad como mera relación de individuos. Hostiles a la sociedad son quienes se niegan a participar en el sistema de producción. Foucault toma en consideración algunos textos literarios donde se ejemplifica esta emergencia de la sociedad productiva y punitiva.

En las discusiones sobre la pena de muerte en 1791, se evoca el *Contrato social* de Rousseau en el cual el criminal es considerado enemigo de la sociedad y se hace necesario matarlo o exiliarlo. El criminal es un bárbaro para la sociedad. Se entabla una batalla y el prisionero debe ser muerto como un enemigo que ha sido vencido. La prisión es una nueva táctica punitiva. Se la introduce a finales del siglo XVIII. Todavía en 1767 el código criminal, reeditado por Serpillon, afirma que «la prisión no es considerada como una pena, siguiendo nuestro código civil». (65)

En 1831, Remusat, refiriéndose al código penal habla de lo nuevo del sistema penal, esto es, de todas las formas de encarcelamiento. En 1791, en Inglaterra se propone una ley que considera el encarcelamiento como castigo. Y Bentham en 1793, escribe su *Panopticon*, «que va a devenir la matriz arquitectónica de las prisiones europeas». (66) La prisión no deriva del discurso teórico sobre el delincuente como enemigo social. La conjunción entre teoría y práctica necesita ser explicada. Antes la prisión era utilizada no como castigo, sino como una medida preventiva. Una garantía de la presencia física de la persona acusada; una precaución. Le Trosne lo dice: la detención es una precaución necesaria.

El castigo, pues, es considerado una protección de la sociedad. El modelo ideal del castigo es la infamia. Este castigo no pasa por el sistema judicial. Su significado es más bien psicológico. «El juicio no es más que el juicio que los ciudadanos aportan». (69) «La disolución del poder judicial en el juicio colectivo de los individuos; éste es el juicio ideal, modelo que será reactivado bajo el tema de la justicia popular». (69) Hay un segundo modelo que se basa en la ley del talión. «La sociedad devuelve al criminal el ataque que él ha llevado contra ella». (70) El castigo es un contraataque social.

Un tercer modelo es el de la esclavitud. Es decir, los trabajos forzados y públicos. Hay una reparación para la sociedad: el individuo delincuente es restituido al trabajo. La prisión aparece con tal fuerza que todos los proyectos penales proponen un sistema de encarcelamiento. La prisión no es un sistema colectivo como la infamia ni una modalidad de la ley del talión o de los trabajos forzados. «Es un sistema punitivo abstracto, monótono, rígido, que ha venido a ser impuesto no solo en los hechos, en el paso a la realización, sino también en el interior del discurso». (71) Se trata de hallar la conexión entre estos dos componentes, el hecho real de la prisión y el discurso teórico sobre la penalidad. La tesis novedosa de Foucault es que esa conexión se da por lo que Marx denominó la forma salario. Lo que une, pues, la forma prisión no es ni un discurso penal ni una teoría jurídica. Es una teoría y una práctica. Hay una correlación entre la forma prisión y la forma salario. ¿Dónde está esa correlación? Foucault responde: «Así como el salario retribuye el tiempo durante el cual la fuerza de trabajo ha sido comprado a cualesquiera, la

pena responde a la infracción, no en términos de reparación o ajuste exacto, sino en términos de cantidad de tiempo de libertad». (72)

No se trata de la idea de que la forma prisión derive de la forma salario. El tiempo es el único bien y puede ser empleado para la producción o para pagar la pena por el delito cometido. «El salario sirve para retribuir el tiempo del trabajo, el tiempo de la libertad sirve para retribuir la infracción». (72) La forma prisión y la forma salario son dos formas gemelas. De hecho han aparecido históricamente en el mismo proceso de producción capitalista. Asimismo, la multa como castigo aparece como un sustituto de la jornada de trabajo. «La prisión representa el equivalente de una cierta cantidad de dinero». (72) «Este resurgimiento del pago de la deuda para borrar el crimen deriva de hecho de esta interpenetración de la forma salario y de la forma prisión». (72) Se tiene la sensación de que la cárcel es un trabajo gratuito y que el prisionero regala el salario a la sociedad excluyendo el salario efectivo.

La prisión se organiza como una fábrica pero al mismo tiempo rechaza de plano la idea de pagar un salario al prisionero mientras está en prisión, pues «ésta es como el salario que él paga (reverse) a la sociedad». (73) Estamos, pues, ante el hecho de la introducción del «tiempo en el sistema de poder capitalista y el sistema de penalidad». (73) Por primera vez el sistema penal no castiga directamente solo el cuerpo, sino el tiempo de la vida. «El tiempo que queda por vivir, éste es lo que la sociedad se apropia para castigar al individuo». (73) «El tiempo se intercambia contra el poder». (73) La sociedad impone la forma salario y la forma poder, siendo el objetivo disponer el tiempo de los seres humanos. El poder organiza el tiempo del trabajo y lo convierte en salario o en pago del delito. El tiempo de los seres humanos queda confiscado o para la producción o para la prisión. «Hay un poder global sobre el tiempo». (73) «Hay una especie de continuidad entre el reloj del taller obrero y el cronómetro de la cadena y el calendario de la prisión». (73) Salario y prisión comunican como formas de poder.

Aunque el espacio conventual puede filiarse como antecedente del espacio carcelario, se trata, sin embargo de dos espacios heterogéneos. El convento funge como protección o refugio del mundo exterior. La

cárcel es un espacio esencialmente punitivo. El encierro punitivo no era una práctica eclesiástica. Era el brazo secular quien llevaba a cabo la ejecución de los castigos. Así, pues, el encierro no es una laicización del convento. «La prisión no es el convento de la era industrial». (88) El encierro punitivo nace efectivamente al interior de medios religiosos, pero de medios que son extraños al convento y hasta hostiles a la forma monástica». (88)

Ese otro medio religioso de que habla Foucault va a ser la sociedad de los cuáqueros americanos. Durante los siglos XVII y XVIII, el régimen penal inglés es muy rígido debido a los movimientos revolucionarios de la época. La pena de muerte se aplicaba a más de doscientos casos de infracción a la ley. Los cuáqueros que se trasladan a América querían escapar al régimen estricto de la penalidad inglesa. Y elaboraron un nuevo sistema penal en el cual se excluía la pena de muerte. Hubo una lucha sorda contra la administración inglesa justo hasta el momento de la independencia. Con la independencia del estado de Pennsylvania se establece un nuevo régimen penal que excluye la pena de muerte y que incluía otros muchos castigos, entre ellos la cárcel. Ya para 1790 la cárcel se convierte en la forma punitiva fundamental.

«La forma prisión no puede ser derivada de las teorías penales de Beccaria, Brisson, etc., y como institución y práctica ella deriva de la concepción cuáquera de la religión, de la moral y del poder». (89) Para los cuáqueros la función del poder es hacer particiones morales. El poder es coerción y obligatoriedad moral. Hay una moralidad del poder y la política debe atenerse a ella. Barroughs: el poder debe protegernos de los malhechores, proteger nuestros bienes y protegernos de la violencia. «La noción fundamental que justifica la violencia es el mal». (89) Como agrega Foucault en el manuscrito: Hay una «concepción moral del poder». (89) Esta concepción moral del poder está en la base de la concepción cuáquera de la política. Aquí hay una concepción del crimen y de la infracción que no es la de Beccaria ni la de Brisson. Para éstos el delito se relaciona con una ofensa a la sociedad. Para los cuáqueros lo que es punible es el mal definido por la religión y la moral. Es la sociedad de los

cuáqueros la que desde 1790 organiza la administración penal de Pennsylvania. La Reochefoucaud-Liancourt, en *Des Prisons de Philadelphie*, escribe: se trata de «llevar los prisioneros al olvido de todas sus antiguas faltas»; olvidar sus pasiones y las imágenes suscitadas en su mente. Hay que conducir al delincuente a una transformación radical.

Llegamos al momento del encierro celular. «El detenido es aislado, sin información del mundo exterior y sin comunicación». (91) De este modo el prisionero es conducido a una reflexión sobre sí mismo y sus propias faltas. Propiamente hablando, el sistema penal medieval no había llegado a ser cristianizado; llega ser cristianizado solo ahora con los cuáqueros y su extensión de la pena carcelaria como pena fundamental. Curiosamente en este momento se habla en Europa de un proceso de descristianización. «La pena deviene penitencia y el sistema penal está en trance de ser cristianizado». (94) Hay que salvar el alma del condenado dándole un seguimiento religioso.

Este nuevo ámbito penal abre un nuevo campo del saber: la observación del carácter de los individuos, la anatomía y la fisiología, la psicopatología y la sociología. «Lo que el hospital fue para los cuerpos, la prisión lo fue para el alma». (94)

La prisión cuáquera se corresponde con otros procesos contemporáneos del mismo tipo que se dan en América y en Europa relacionado con las prisiones. En Inglaterra ya desde el siglo XVII aparecen además de los cuáqueros otros grupos cuya tarea es propiciar prácticas de control, la vigilancia y el castigo. Se forman grupos de autodefensa paramilitar (1779) que reaccionan a ciertos movimientos populares. «Los habitantes de los barrios de Londres se organizaron en 1780 en patrullas que aseguran una vigilancia del orden moral». (107) Su reclutamiento se hace entre miembros de la nobleza y la alta burguesía. Se difunde una literatura que favorece estas sociedades paramilitares. Foucault agrega: «Es preciso notar que veinte años después estos notables habrán encontrado otra fórmula, utilizar precisamente las gentes pobres para asegurar estas tareas: ellos han inventado la policía». (107)

Finalmente, en los años terminales del siglo XVIII las compañías de navegación organizan una especie de policía que vigile el puerto. Así, de modo general, el capital se ve enfrentado a muchos riesgos en lugares específicos, y que es preciso controlar. No esmero pillaje; el capital corre el riesgo de depredación cotidiana. Es necesario un nuevo orden. «Otra manera de controlar las poblaciones y de impedir la práctica de transferencia de propiedades. El problema es el encuadramiento moral de las poblaciones: es necesario reformar sus maneras de tal suerte que los riesgos de la fortuna burguesa sean reducidos». (108) El obispo Watson dice que hay buenas leyes pero ellas son eludidas por las clases bajas. Vigilancia por un lado, y por otro, un esfuerzo de moralización de la sociedad que trata de constituir una continuidad entre el control y la represión moral y la sanción penal. «Se asiste a una moralización del sistema penal». (111)

En un segundo momento este esfuerzo de «moralización se desplaza hacia el Estado». (111) Las clases altas controlan el poder y toman a su cargo esta moralización desde el Estado, y las clases trabajadoras y pobres constituyen el objeto al cual se aplica esta moralización del sistema penal. Colquhoun escribe *Traité sur la police de la métropole*, y afirma que el sistema penal debe ser moralizado. Se relaja la moral del pueblo si las leyes se hacen de la vista larga con relación a la moral. Hace falta vigilar la moralidad de los individuos. El Estado debe ejercer un control de la vida cotidiana. «El estado deviene el agente esencial de la moralidad, de la vigilancia y del control ético jurídico». (113) Fue esencial para el desarrollo del capitalismo el control de la clase obrera y de las clases bajas. Hay, pues, un control moral y jurídico estatizado en beneficio de una clase. «Lo coercitivo es lo que establece la conexión entre moral y penalidad». (114)

«La prisión es el lugar donde los principios generales de la coerción, las formas, las tesis, y las condiciones de estas se concentran en el uso o en la búsqueda de un modo de escape a la coerción». (114) «La prisión es un desdoblamiento de la forma penitenciaria del sistema de coerción». (114) Lo coercitivo es la condición general de aceptabilidad de la prisión. El modo de producción capitalista se da los instrumentos para ejercer

también un poder político y un poder moral. «Han existido grupos en cuyo interior se da la conexión entre lo punitivo y lo penal. Son grupos no conformistas y religiosos que, desde el exterior han impuesto esta conexión al Estado, que la han exigido al Estado. Ellos se proponían moralizar la sociedad, a pesar del Estado, o con su ayuda si la acepta; y al momento de tratar de moralizar la sociedad, se encuentra de hecho que han hecho del Estado el agente principal de moralización». (115) Foucault concluye que la moral no está en la cabeza de la gente, sino en las relaciones de poder que la imponen.

Se hizo necesaria la invención no solo de la represión, sino también de la técnica de control de la población. El control social se ejerce al interior y al exterior. Disciplina en los espacios cerrados y control de la población general.

La *lettre a cachet* (órdenes de arresto) no es solo un símbolo del poder autoritario de la monarquía. Para Foucault ellas juegan un papel de desembarazarse de individuos considerados peligrosos. Las familias, los notables, los grupos religiosos piden estas órdenes para protegerse. En realidad, por lo general no son firmadas por el rey, sino que constituyen «una apropiación temporera del poder real con sus signos y marcas». (130)

En Inglaterra el sistema de control social ha llegado a partir de movimientos religiosos, y en Francia más bien a partir del Estado. En Inglaterra, exhortación moral y religiosa, y en Francia el encierro.

Foucault dedica una extensa sección del curso a discurrir sobre los ilegalismos populares. J. P. Thomson utiliza la expresión «plebe sediciosa» para explicar los movimientos subversivos frente a los cuales el poder estatal se ha visto obligado a establecer un sistema de control: el sistema penitenciario. Foucault utiliza el término «ilegalismos populares». «Una ley no funciona ni se aplica más que en el interior de un campo de ilegalismos que es efectivamente practicados y que, en cierto modo lo soporta». (149) Foucault alude de modo breve al caso actual del aborto. También aquí la ley no funciona sino porque existen una serie de prácticas ilegales de aborto en hospitales clandestinos. Este funcionamiento de la

ley en cuanto ligada al ilegalismo que la sostiene pasa desapercibido con mucha frecuencia. La burguesía se apoya en los ilegalismos populares, los cuales son una vanguardia y una lucha que hace bascular las formas jurídicas. Después de la Edad media la burguesía inventó tres instrumentos de poder. Se apropió de los aparatos judiciales allí donde había una venalidad general. Se introdujo en los aparatos que forman el Estado. Y, finalmente, hizo practicar los ilegalismos. Permitir a otros grupos sociales practicar ilegalismos «de modo de poder practicar en un sistema funcional de los ilegalismos concentrados, y gracias a ella, bascular esta legalidad que la había podido servir pero que llegó a ser muy cargosa». (149) La revolución francesa fue el desenlace de estos procesos de ilegalismos que abrieron paso a la economía burguesa. Al hacerse proletaria la plebe transfirió a la propiedad burguesa las técnicas y las formas de los ilegalismos. Técnicas y formas que la plebe había desarrollado en complicidad con la burguesía. «Es en esta relación de la clase burguesa y el proletariado la que va a poner en juego el sistema penitenciario». (153) La burguesía no pretende acabar con la delincuencia. «El objetivo esencial del sistema penal es la ruptura de este continuo de ilegalismos populares y la organización del mundo de la delincuencia». (153)

Dos instrumentos sirvieron a este objetivo; uno ideológico: la teoría de la delincuencia como enemistad contra la sociedad; y otro las formas prácticas que sirvieron a la burguesía para aislar la delincuencia. La prisión sirvió a este objetivo. Los medios para capturar los ilegalismos populares fueron la prisión, las colonias, la armada y la policía. Fueron también medios para impedir que dichas técnicas no fueran aplicadas a la propiedad burguesa. «En el siglo XVIII los ilegalismos populares funcionaron con el ilegalismo burgués en una relación compleja. Al contrario de lo ocurrido en el siglo XIX, el ilegalismo obrero es el gran alimento de todo sistema represivo de la burguesía». (154) La ideología anarquista se relaciona íntimamente a la persistencia de la conciencia de las prácticas ilegalistas de la clase obrera, conciencia persistente que no está ligada ni a la legalidad sindical ni a la legalidad parlamentaria.

En el Antiguo Régimen el ilegalismo popular forma un sistema con los otros ilegalismos de otras clases y en especial con el de la burguesía.

Esto favoreció el desarrollo del capitalismo. Pero este ilegalismo cesa porque se hace problemático para la nueva clase en el poder, la burguesía. Los ilegalismos tomarán nuevas formas. Foucault da el ejemplo de la explotación de los bosques que se desarrolla a un acelerado ritmo. La sociedad industrial nace no solo del enfrentamiento de las legalidades, sino también de los ilegalismos populares. En Francia, en la región de Vandée, hubo una lucha, una revuelta contra el sistema de apropiación que no era compatible con los antiguos ilegalismos. No se trataba de volver a al Antiguo Régimen, por amor a la ley, sino de permitir el funcionamiento de cierto ilegalismo que era parte de la existencia de la comunidad campesina.

En un momento dado el ilegalismo se asimila a la nueva figura de la delincuencia. El delincuente como enemigo de la sociedad. La burguesía no ha sido estúpida, como piensan algunos intelectuales de gabinete. La burguesía ha sido lúcida en la conquista del poder y lo ha conservado no por mera ceguera. Para proteger el aparato productivo la burguesía ha desarrollado un Estado fuerte. Mantuvo al obrero en el límite de la indigencia para mantener los salarios bajos.

Desde 1803 hay límites al régimen de penalidad capitalista: el uso de la fuerza militar protege la producción industrial. El fascismo utiliza ambas formas.

El ilegalismo contra la sociedad burguesa se manifiesta en: 1) la decisión de ociosidad. Rechazo de ofrecer al mercado de trabajo la fuerza del cuerpo y el tiempo de la vida. 2) Irregularidad obrera; rechazo del uso de la fuerza en el momento que haga falta. 3) Dispersar las fuerzas. La fiesta es un uso de la fuerza que ha de ser utilizada en el trabajo. 4) Rechazo de la familia. No constituir una familia que promueva la reproducción y eleve los costos de su mantenimiento.

La moralización de la clase obrera se convierte en un imperativo de especial importancia para la burguesía. Se desfavorecen los matrimonios improvisados. Se inculca la pureza de las costumbres mediante la educación; y la vigilancia de los patrones al mal uso de los placeres. Evitar la disipación. Se habla de disipación cuando se trata de designar

la inmoralidad de la clase obrera. Disipación es perder el tiempo. Y se lo disipa en placeres corporales. El obrero no sabe administrar sus bienes. Disipación implica intemperancia, improvisación, movilidad del individuo en relación con la familia y el empleo. La propaganda de moralización combate la fiesta, la lotería y el concubinato. La lotería se opone a ganarse la vida con el trabajo cotidiano. Para combatir esta disipación y nomadismo es preciso un control moralizante de la penalidad. «Es necesario encadenar la existencia a una especie de penalidad difusa». (197) Es preciso diseminar en la sociedad los aparatos judiciales. Se lleva un registro del obrero, en una libreta de trabajo, para combatir la vagancia. De este modo se da en la sociedad «una perfecta continuidad de lo punitivo y el sistema penal». (199) «Es preciso tener un control económico y moral sobre el obrero». (199)

Esta continuidad entre el poder punitivo y penal exige una vigilancia generalizada; la organización del control. «El sistema de control permanente de los individuos no es ni del orden de la prueba, ni del orden de la investigación». Se trata más bien del examen. Examen permanente, graduado, que controla todos los instantes. Control del individuo en lo normal y lo anormal, en la regularidad cotidiana y en la disipación. El examen es una forma de saber acoplada al proceso de producción. «Esta sociedad está ligada a una actividad permanente de castigo y a una actividad conexas de saber y de registro». (201) El poder disciplinario está íntimamente ligado a las prácticas de control, de vigilancia y de castigo. El poder disciplinario es una forma capilar del poder.

Hay una estatización de los medios de control social. El control del tiempo es una de las formas de control indispensables al desarrollo del capitalismo. Es preciso controlar el ritmo del tiempo del trabajo fabril. «El tiempo de la vida se escande en tiempo de fiesta, placer, y tiempo homogeneizado que ha de ser integrado a un tiempo que no es el tiempo de la existencia de los individuos, sus placeres, y los deseos de su cuerpo, sino que es el tiempo de la continuidad de la producción y del beneficio». (216)

El tiempo de la vida es secuestrado para la producción. La sociedad capitalista necesita el engranaje diario del tiempo laboral de modo que se

sujete al tiempo de la producción. «Las instituciones toman a su cargo el control directo de la existencia». (217)

La conclusión de Foucault a la luz de todo lo dicho es: «El poder es uno de los elementos constitutivos del modo de producción y de su funcionamiento». (234) Hay una clase privilegiada que se beneficia del poder e impone sus estrategias. Pero el poder dominante no las tiene siempre todas de su lado; en cada instante se juega la lucha, hay victorias locales en su contra, ilegalismos, inversión de las fuerzas, etc.

«El problema de la sociedad feudal era como asegurar la explotación de la renta por medio del ejercicio de la soberanía; el problema de la sociedad industrial es hacer de modo que el tiempo de los individuos, que se le ha comprado por el salario, pueda ser integrado al aparato de producción bajo la forma de la fuerza de trabajo». (235) Foucault recalca, contra Hegel y ciertos posthegelianos célebres, que la vida de los seres humanos no es el trabajo. «La astucia de la sociedad industrial ha sido poder ejercer una coerción que transforme el tiempo de la vida en fuerza de trabajo». (236) El sistema de poder se ejerce a través de la normalización, el hábito, la disciplina y cierto tipo de discurso. Ya no se trata de un discurso mítico o heroico. «Es un discurso que va a describir, analizar, fundar la norma y hacerla prescritiva y persuasiva». (243) Es el discurso normalizador de las ciencias humanas. Del médico, del psiquiatra, del juez y del maestro.

Foucault arremete contra la tesis de Jacques Derrida según la cual «no hay nada fuera del texto. Il n'y a pas hors du texte». En cambio Foucault hace necesario el afuera del texto. «El análisis del fuera del texto tiene por rol ... fijar las estrategias del discurso en las luchas. Cómo están ligadas a estas operaciones que ellas permiten o a sus consecuencias». (172) Uno no puede quedarse en el solo texto. «Un texto es un discurso que ha perdido su contexto y su eficacia estratégica». (169) Un puro análisis textual es algo que hay que abandonar. Esta posición de Foucault es coherente con su genealogía que es un dispositivo en el cual el saber y el poder se entrecruzan en el discurso. Es coherente con una afirmación de Foucault según la cual la severa crítica que hiciera